

Don Hermelo Arabena Williams

(Las siguientes palabras fueron pronunciadas durante las exequias del extinto escritor y miembro correspondiente de la Academia Chilena de la Lengua, en el Cementerio Católico de la capital)

En nombre de la Academia Chilena de la Lengua, corporación a la que perteneció don Hermelo Arabena W., en calidad de Correspondiente en su glosado San Felipe el Real, como gustaba llamar a la ciudad de sus postrimerías, vengo a expresar nuestro aprecio, reconocimiento y evocación de su persona y de su obra.

Nacido en La Ligua, el año 1905, su existencia se vertió entusiasta y generosa, dando cabida en ella al gracejo de antigua cepa como al permanente esmero con que labraba cada uno de sus libros, especialmente los poemarios, en cuyo formato métrico de sonetos y de romances, expuso la tremolación de un alma que, no por creyente en el Señor, se eximió de melancolías y cavilaciones acerca de la fugacidad invasora que tan abundantes recuerdos de dichas pasadas suele provocar, como asimismo de la inactualidad con que grave, según pasan los años, a quienes, ya mayores, ven incrementada la soledad y forzados a buscar calor en los rescoldos de la propia memoria.

Don Hermelo, sin embargo, a pesar de vivir una existencia dispuesta entre "Ceniza y Cielo", según rotulara uno de sus libros, supo de entusiasmos, de sentido humorístico, como también de profesar un entrañable afecto a lo más suyo: familia, tierra aconcagüina, cultura hispánica, literatura e historia, todas ellas divisas y motivos de vivir. Recamado todo eso de acendrada fe, el hispanista se solazaba con la cultura peninsular, sin que de ello deslizara menosprecio alguno hacia lo más nuestro. Prueba de lo recién dicho, las varias obras que lo muestran un fervoroso tradicionalista de lo chileno.

Entre sus méritos literarios, por demás nada menores, resaltan los numerosos comentarios dedicados a la obra ajena. Y eso es, también, motivo de agradecer y de justipreciar toda vez que los tiempos humanos que corren y estilan, parecieran refritos o forasteros de acento fraterno.

Cuando lo conocí, en 1977, en las recordadas tertulias dirigidas por Oreste Plath, en librería Nascimento, ya entonces me fue evidente que don Hermelo era un sobreviviente de la contemplación en un mundo bullanguero; memorialista salido de tradiciones - en su casa mantenía costumbres de celebración que, hoy, sabemos únicamente de leídas -, y, en fin, se me reveló un señor tan ceremonioso como picaro que ilustraba su animada conversación con dichos, anécdotas y ovillejos, venidos los unos de una disertación de Bello, por ejemplo, rescatados los otros de viajes por mentideros y callejas del mundo. Cronista, viajero, novelista y poeta, sobre todo, no cabe aquí hacer un escrutinio completo del acervo literario que se le debe, pero en él se

vida, palabras, para que a su vez éstas, revelen en el tiempo a sí propio y a los demás, esa mezcla de sueños y de imposibilidades que somos todos los hombres.

"En tu regazo oscuro recogido,
siento con ansia de olvidar sedienta
como si nunca hubiera yo existido".

Siempre activo su pensar acerca del tiempo, y no menos permanente el sentir que le fluía, emocionado. Vientos contrarios que son los días, que son los trabajos, que son los años. Su estilo en todo ello: el de orfebre clásico, el de viajero que ama los puertos y sitios que lo reciben y dejan. Pero todo animado de esa certeza superior que es la fe, especialmente, cuando anticipara el trance personal de aquel encuentro en que la criatura cesa de ver empuñado para descender en el cobijo de su Creador, solo que esta vez sin vicisitud de lo provisional ni la expectante vacilación ante lo dudoso.

Don Hermelo Arabena fue poeta de hondura y de oficio. Nos lo confirman sus numerosos sonetos, algunos de indisputable calidad antológica. Como siempre sucede con la escritura auténtica, algunos de sus versos cobran mayor prestancia y hondura esclarecida en horas como ésta, fronteras de eternidad. El cumplimiento de algunas de esas palabras nos conculcan también. Al fin y al cabo, lo auténticamente personal comparte elevación de lo humano en la poesía, porque nuestro destino es inquietud que se lleva oculto en el rostro y sólo las palabras conmovidas del poeta saben traducir el misterio vibrátil que todos deseamos conocer algún día. Este saludo concluye auxiliado del mejor decir con que esta oportunidad pudiera contar. Trátase del soneto "En mis noventa y dos años", que nuestro autor publicara en 1998:

No se detuvo el tiempo en su cámara
y al caer de las horas temblorosas,
en mi almohada durmieron las rosas
para morir en cada primavera.

El que tanto soñó ya nada espera
ceñido por las nieves dolorosas.
absorto en la belleza de las cosas
el gozo conmovió su vida entera.

En buscar lo que dura me apresuro, marchito
mis ayeres tan distantes.
Deja aspirar, Señor, tu aliento puro

a mi alma en zozobras vacilantes.
¡Qué importa ya la eternidad mummuro
si para Ti son todos mis instantes!

Juan Antonio Masegosa

uan
nio
one

550774

2.4

05-09-2003

12ancegüino

Don Hermelo Arabena Williams [artículo] Juan Antonio Massone

Libros y documentos

AUTORÍA

Massone, Juan Antonio, 1950-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Don Hermelo Arabena Williams [artículo] Juan Antonio Massone

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile